

**Política y Sociedad**

ISSN: 1130-8001

ISSN-e: 1988-3129

EDICIONES  
COMPLUTENSE<http://dx.doi.org/10.5209/poso.66199>

Domènech, A. (2019): *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, Akal, Madrid, 599 pp.

Respecto a su recepción, la celebrada reedición del *tour de force* de Antoni Domènech apenas un año y medio después de su fallecimiento registra dos grandes aristas, no necesariamente compartimentadas. La primera, quizá más vista hasta ahora, recoge algunas lecciones desde el compromiso político. Una segunda, quizá más tediosa, podría asumir la tarea de situar sumariamente a su autor en el contexto de la reflexión política contemporánea, así como mencionar algunos elementos de discusión de sus formulaciones tras su exposición. En este caso, se escogerá la segunda vía.

Es imprescindible situar la propuesta de Domènech en el contexto de la filosofía política anglosajona del último medio siglo. Con cierta temeridad, cabe reseñar al respecto similitudes con figuras como Rawls o Cohen. Tales son la escrupulosidad argumentativa y conceptual, la claridad y una no excesivamente caudalosa, no por ello poco contundente, obra publicada en vida. La diferencia crucial —cuestiones estilísticas aparte— la indica Domènech desde el propio prólogo, siendo tal la distancia respecto a la reflexión normativa por sus marcados límites. Esta consciencia de los límites lo conduce a rebasarlos a través de la lejanía del chovinismo filosófico, que a falta de un término mejor, denominaremos “enfoque integral”. Enfoque integral con un gran sabor a los clásicos tanto de la filosofía como de las ciencias sociales, para quienes la diferenciación —y menos la compartimentación— entre disciplinas no existía en sus coordenadas de sentido. La determinación de Domènech ya se detecta con palmaria claridad desde su primera obra, *De la ética a la política*, imponente y metodológicamente heterodoxo recorrido histórico por las grandes figuras de la reflexión práctica de la antigüedad a la época moderna. Dentro de este nuevo universo de pensamiento, cabe destacar un elemento privilegiado que lo vertebra hasta su culminación con la obra que corresponde comentar a continuación. Tal es la conciencia historiográfica, que a su juicio permite superar las limitaciones de esta filosofía política normativa, respetable y nutritiva pero encorsetada y acusada, no sin razón, de correr el riesgo de producir, como diríamos en su más puro estilo, superferolíticas disquisiciones conceptuales en el vacío. En resumidas cuentas, en el título de la obra cristalizan perfectamente los objetivos de su autor: la reflexión sobre el

concepto de fraternidad a la luz de sus variados avatares sociohistóricos desde la Revolución francesa hasta el primer tercio del siglo XX.

Sin embargo, la argumentación y los conceptos cristalinos no equivalen a darlo todo por hecho. Tal vez así se contextualice en mayor medida a qué motivos obedece la breve atención, sin previo aviso, a figuras desencantadas con la revolución de 1848 como Baudelaire, Renan o Flaubert, y otras como Nietzsche o el mismísimo Bismarck. Con este comienzo se reseñan, a través de sus antagonistas, las hondas raíces históricas del republicanismo plebeyo moderno, en el cual cristaliza la consigna de la fraternidad. A este respecto, la hipótesis maestra de Domènech consiste en afirmar contundentemente que la antigüedad clásica es su caldo primigenio, que se remonta a la Atenas posterior a la revolución de Efiálfes. La primera prueba aportada es una original interpretación de la *Política* de Aristóteles, donde ya por entonces el eje gravitacional de la lucha política se sitúa en la disputa por la inclusión civil y política de quienes no gozan del ocio aristocrático. En otros términos, parece apuntarse a la reformulación, en clave republicana, de la hipótesis de una inveterada lucha de clases que se mantiene hasta nuestros días, con una variedad inmensa de escenarios. Dos elementos son susceptibles de discusión al respecto. El primero consistiría en preguntarse, a partir de cierta interpretación de Weber, si se puede hablar fehacientemente de la existencia de clases antes de la época moderna. El segundo, que Domènech trata de resolver de dos maneras, consistiría en plantear hasta qué punto existe una continuidad clara entre el mundo político moderno y el antiguo. Esta cuestión remite a la segunda prueba aportada para sostener uno de los pilares maestros de su planteamiento. Tal es el detenimiento en el momento fundacional de la república estadounidense, cuyos dilemas transmitidos por sus fundadores remitirían a los de los pensadores de la antigüedad clásica. La cuestión de la propiedad sería el denominador común de dichos dilemas. La segunda manera empleada consiste en interpretar sumariamente como falsa la existencia de dos tipos de libertad, las cuales serían arquetípicas de dos mundos políticos distintos: el antiguo y el moderno.

La breve incursión de Domènech en el “Nuevo Mundo” no solo sirve para apuntalar su generalización histórica. También delimita geográficamente el concepto de fraternidad, estrictamente circunscrito a finales del siglo XVIII al continente europeo por razones históricas e institucionales evidentes. Si a partir del célebre discurso de Robespierre de 1790, cabe entenderse como una metáfora que simboliza el hermanamiento y emancipación conjunta de una desposeída, nutrida y variada gama de estratos sociales sometidos al orden absolutista, queda claro por qué esta metáfora fue ajena al universo cosmovisionario de los *founders*, y lo sigue siendo respecto al de pensadores contemporáneos como Rawls. Esto, sin embargo, no equivale a restringir su alcance normativo, como bien expresa el propio Robespierre respecto a la revolución haitiana o el internacionalismo de la tradición socialista en su más ecuménico sentido, heredera natural del republicanismo de los *montagnards*.

La época dorada de la consigna fraterna transcurre discontinuamente de la Revolución francesa a la revolución de 1848, catapultada al primer plano político por sus promotores. Su significado primigenio remite a la inclusión social, en pie

de igualdad, del tercer estado en una sociedad republicana emergente. En la práctica, ello conlleva abolir las instituciones esenciales de sometimiento civil y político, denominadas por Domènech *loi de famille* y *loi politique*, respectivamente. Acabar con esta última implicaba el fin del absolutismo, algo en lo que podría converger en primera instancia todo el heterogéneo tercer estado. Más problemas habría con la primera, cuya abolición consecuente conllevaría impregnar del espíritu republicano ámbitos como la vida económica, y que en términos de clase marcaría la escisión de una aún embrionaria burguesía del resto del tercer estado. La consigna fraterna y su acción política dibujan, además, un mapa social similar, repetido una y mil veces en ulteriores escenarios. Tal mapa lo conforman aquellos movimientos que buscan abolir estos dos ámbitos de dominación y quienes se le oponen, siendo encarnadas ambas fuerzas por múltiples actores. De ahí las líneas de continuidad dibujadas, en este sentido específico, entre los Robespierre, Marat, Marx, Engels, Lenin o Rosa Luxemburg, así como entre los termidorianos, Bismarck, el liberalismo del siglo XIX, los socialcatólicos italianos y españoles, Mussolini, Hitler o los grandes grupos industriales y financieros del primer tercio del siglo xx.

Tras el fracaso de 1848, podría afirmarse que tan solo se producen dos claros destellos fraternos, si bien con una modificación sustancial que cabía atisbar ya en los *montagnards*. Tal es que se concibe la propiedad privada como un elemento esencial de la *loi de famille* que, si bien de manera distinta al señor feudal, conservaba formas de sometimiento civil. A tenor de las experiencias históricas analizadas por Domènech, todos los caminos parecen llevar a la misma conclusión: factores exógenos aparte, cuando la consigna fraterna consecuente se abandona de distintas maneras por parte de sus herederos, los costes que han de asumir respecto al bien de su causa son inmensos.

El penúltimo destello lo representa el espíritu de la I Internacional, fraterno por su dimensión mundial y ecuménica. Su fin, provocado según Domènech por el fracaso de la Comuna de París más que por la discrepancia interna, da paso al nacimiento de la socialdemocracia alemana. Su *ethos* político, confinado a la construcción de un bloque exclusivamente obrero y aislado de una sociedad civil de por sí hostil, refleja la contraposición clara con la tercera consigna republicana. El último destello, más difuminado aun, se da en el programa propugnado por Lenin en el II congreso de la III Internacional. Sus dimensiones mundiales y su transversalidad sociológica —matices de Gramsci y Tasca aparte— lo hacen valedores de esta característica. El fracaso de las revoluciones en Europa occidental de 1918 a 1923 daría al traste con estas pretensiones, por lo que emergió una némesis cuanto menos poco proclive a la consigna fraterna: el socialismo en un solo país. A partir de este momento, es inevitable que el análisis adquiera dimensiones nacionales. De ahí el detenimiento en las trágicas experiencias de entreguerras de Alemania, Austria, Italia y España.

Tras detener el relato histórico en la Guerra Civil española, cabría preguntarse qué ha sido del astro eclipsado hasta hoy. Si, como afirma Domènech (2019:29), la acción política que encarna sigue vigente en nuestros días, podríamos preguntarnos por qué nos privó del hilo conductor de la segunda mitad del siglo XX. Quizá la mutación política y cultural de buena parte de la izquierda tras 1968,

tan palpable en la actualidad y cuyo desnortamiento no se cansó Domènech de reseñar, explique en parte esta privación.

Daniel Lara de la Fuente  
Universidad Complutense de Madrid  
Dalara01@ucm.es